



ANDRÉ MAUROIS

**VIDA**  
*romántica*  
*de*  
**Chopin**

**F**UE allí donde Chopin, durante ocho años, pasó todos los veranos salvo el de 1840. Jorge Sand, que trabajaba de noche, se acostaba a las seis de la mañana y dormía hasta mediodía. Después del almuerzo hacía trabajar a sus hijos, en tanto que Chopin, al piano, componía. Luego se cenaba al aire libre:

Por la tarde describe Jorge Sand, Chopin me toca el piano entre dos luces. Después de lo cual se adormece, como los niños, al mismo tiempo que los niños... Está alegre ni bien siente un poco de fuerza y, cuando está melancólico, se arroja sobre su piano y compone bellas páginas. Da lecciones a Solange...

Todo era pretexto para hacer música. Cierta día, como el perrito de Jorge Sand giraba corriendo traída su propia cola, su ama, divertida por esa danza, dijo a Chopin:

—Si tuviera el talento de usted compondría el Vals del Perrito.

Jorge Sand leía el capítulo que había compuesto la noche precedente. Luego, cuando todo estaba oscuro, Liszt o Chopin se sentaban al piano. Se querían mucho, pero entre ellos existía una rivalidad amistosa.

Una leyenda quiere que un día, Liszt, como a menudo gustaba hacerlo, tocara Chopin delante de su amigo. Pero siendo él mismo un creador, no pudo dominarse y colocó, acá y allá, un ornamento. Chopin, que estaba en uno de sus días de nervios sensibles, dijo:

—Si quiere tocar música mía, toquela tal cual está escrita... O si no, ¡toque otra cosa!

Liszt se levantó y, sin enojarse, ofreció su lugar a Chopin:

—Toque usted mismo —dijo.

Chopin se sentó al piano. Una mariposa nocturna, atraída por la llama de una de las bujías, la apagó, quemándose en ella. Chopin apagó la otra y comenzó a tocar.

Sólo los vagos rayos de la luna iluminaban la habitación. La luz

—¡Oh, Chopin, vuelva a tocarnos su Nocturno!...

Chopin tomó a Liszt por el brazo y, en la oscuridad, lo empujó hacia el piano. Liszt ejecutó el trozo, ésta vez sin cambiarle una nota y con una finura de tacto que imitaba tan exactamente la de Chopin, que nadie percibió la substitución. Cuando se calló y se hicieron oír de todas partes murmullos de admiración. Liszt se puso de pie y bruscamente encendió una de las bujías.

—¡Eh, cómo! ¿Era usted, Liszt?

—Era Liszt —dijo Chopin—, y estuvo admirable.

Con frecuencia, Chopin sostenía largas conversaciones con Delacroix, que adoraba la música y se sabía de memoria las óperas de Mozart. Delcroix gustaba pintar bajo los árboles, mientras ráfagas de la música de Chopin le llegaban por las ventanillas abiertas sobre el jardín, mezclándose al canto de los ruiseñores y al olor de las rosas. Pero todos los familiares de Nohant no gustaban igualmente a Chopin. Muy refinado, acostumbrado a las perfectas maneras de los aristócratas de su país, Chopin entendiase mal con los filósofos de largas barbas que entusiasmaban a Sand, o con ciertos propietarios berrichones, buenas gentes, pero un poco vulgares.

Estaba de más en más nervioso, porque su salud se hallaba gravemente afectada y, entre Jorge Sand y él, los motivos de irritación no faltaban. En primer lugar, no tenían las mismas ideas políticas. Chopin era conservador monárquico; Sand, republicana y socialista. Chopin era católico, no siempre muy practicante; pero, en el fondo de su corazón, piadoso e incluso devoto; prohaba haber escrito una novela. Jorge Sand era incrédula. El le relata, Lucrecia Fioriani, en la cual lo había pintado, bajo el nombre de príncipe Carol, como a un ser irreal, egoísta, que no comprendía el mundo e incluso no lo veía: "Los seres que no piensan como él, conviértense a sus ojos en una especie de fantasmas", decía ella de Carol, y era cierto con respecto a Chopin, que siempre ocultaba sus des-

gusto gustaba refugiarse en casa de Chopin y encontrar en ella a todas las mujeres bonitas de París; Mauricio se complacía en estar en el salón de su madre, con los filósofos barbudos que preparaban la Revolución. Cuando Solange quiso casarse, contra la voluntad de su madre, con un escultor, Juan Bautista Clésinger, Chopin tomó el partido de la hija contra la madre, y los dos viejos amigos se pelearon. Ni una carta más, ni una visita. Un silencio de muerte reemplazó una intimidación de todos los instantes.

☒

**P**ARA Chopin, ese año de la Ruptura, 1847, fué el año malo. Agravóse su enfermedad del pecho. En Francia, parecía que la vida política se hacía de nuevo peligrosa. El rey Luis Felipe había perdido la popularidad. Los periódicos se burlaban de él y los diarios hacían la caricatura de su cabeza bajo la forma de una pera. El pueblo reclamaba el sufragio universal. Chopin había pasado toda su vida huyendo de las revoluciones. Aceptó ir a Inglaterra y Escocia, para dos conciertos que organizó una discípula muy querida, miss Jane Stirling.

Antes de abandonar París, le rogaron que diera un último concierto. Se lo fijó para el 16 de febrero de 1848. El Rey, la Reina, los Príncipes habían reservado entradas; no sospechaban que ocho días más tarde estarían en fuga. Como sólo había trescientas butacas, el público parisiense se disputó las entradas. Poder comprar una resultó un honor. Chopin tocó un Nocturno, una Barcarola, su Sonata en Sol Menor, Preludios, Mazurcas, Valses. La ejecución fué tan perfecta, que pareció sobrehumana; ese canto de cisne era un mensaje del Paraíso. Pero abandonado el escenario Chopin se desvaneció.

Algunos días después de la revolución que expulsó a Luis Felipe, el 4 de marzo, encontró por azar a Jorge Sand, a quien no había visto desde hacía más de un año. Ella se detuvo y le estrabó...

FUE allí donde Chopin, durante ocho años, pasó todos los veranos salvo el de 1840. Jorge Sand, que trabajaba de noche, se acostaba a las seis de la mañana y dormía hasta mediodía. Después del almuerzo hacía trabajar a sus hijos, en tanto que Chopin, al piano, componía. Luego se cenaba al aire libre:

Por la tarde escribe Jorge Sand, Chopin me toca el piano entre dos luces. Después de lo cual se adormece, como los niños, al mismo tiempo que los niños... Está alegre ni bien siente un poco de fuerza y, cuando está melancólico, se arroja sobre su piano y compone bellas páginas. Da lecciones a Solange...

Todo era pretexto para hacer música. Cierta día, como el perrito de Jorge Sand giraba corriendo traído de su propia cola, su ama, divirtiéndose por esa danza, dijo a Chopin:

—Si tuviera el talento de usted, compondría el Vals del Perrito.

Así nació el Vals en Re Bemol. Pero tales juegos, aunque fueran divertidos, estaban lejos de la verdadera composición musical, y Chopin detestaba que se le hablase de "su vals del perrito", lo mismo que había protestado en Mallorca cuando Jorge Sand llamó a su preludio "de la gota de agua". A pesar de Chopin, la expresión ha sobrevivido.

A menudo había invitados en Nohant, y muchos de entre ellos eran dignos de Chopin. La gran cantante Paulina Viardot prodigaba su admirable voz. No era bella con sus ojos de rana, pero sí inteligente y encantadora. En un rincón del parque, Eugenio Delacroix pintaba.

Jorge Sand leía el capítulo que había compuesto la noche precedente. Luego, cuando todo estaba oscuro, Liszt o Chopin se sentaban al piano. Se querían mucho, pero entre ellos existía una rivalidad amistosa.

Una leyenda quiere que un día, Liszt, como a menudo gustaba hacerle, tocara Chopin delante de su amigo. Pero siendo él mismo un creador, no pudo dominarse y colocó, acá y allá, un ornamento. Chopin, que estaba en uno de sus días de nervios sensibles, dijo:

—Si quiere tocar música mía, toquela tal cual está escrita... O si no, ¡toque otra cosa!

Liszt se levantó y, sin enojarse, ofreció su lugar a Chopin:

—Toque usted mismo —dijo.

Chopin se sentó al piano. Una mariposa nocturna, atraída por la llama de una de las bujías, la apagó, quemándose en ella. Chopin apagó la otra y comenzó a tocar.

Sólo los vagos rayos de la luna iluminaban la habitación. La luz era ligera, feérica, la que convenía a un Nocturno de Chopin. Improvisó sobre el tema que acababa de abandonar Liszt. ¿En qué pensaba? ¿En la cinta de Constanza, en la rosa de María, en las tormentas de Valdemosa, en los suaves campos polacos? ¿Sus dedos ligaban las notas de manera tan continua y dulce, que se creía escuchar, no un piano, sino una voz sobrenatural murmurando pensamientos inexpresables. Cuando terminó, todos los ojos estaban llenos de lágrimas.

Al otro día no hubo luna. De común acuerdo, todos los huéspedes de Nohant dejaron que una noche completa invadiera el salón.

Delacroix gustaba pintar bajo los árboles, mientras ráfagas de la música de Chopin le llegaban por las ventanillas abiertas sobre el jardín, mezclándose al canto de los ruiseñores y al olor de las rosas. Pero todos los familiares de Nohant no gustaban igualmente a Chopin. Muy refinado, acostumbrado a las perfectas maneras de los aristócratas de su país, Chopin entendiase mal con los filósofos de largas barbas que entusiasmaban a Sand, o con ciertos propietarios berrichones, buenas gentes, pero un poco vulgares.

Estaba de más en más nervioso, porque su salud se hallaba gravemente afectada y, entre Jorge Sand y él, los motivos de irritación no faltaban. En primer lugar, no tenían las mismas ideas políticas. Chopin era conservador monárquico; Sand, republicana y socialista. Chopin era católico, no siempre muy practicante; pero, en el fondo de su corazón, piadoso e incluso devoto; proclama haber escrito una novela. Jorge Sand era incrédula. El le relata, Lucrecia Floriani, en la cual lo había pintado, bajo el nombre de príncipe Carol, como a un ser irreal, egoísta, que no comprendía el mundo e incluso no lo veía: "Los seres que no piensan como él, conviértense a sus ojos en una especie de fantasmas", decía ella de Carol, y era cierto con respecto a Chopin, que siempre ocultaba sus desdenes y odios bajo una cortés amabilidad; pero que juzgaba severamente a los amigos políticos de Jorge Sand.

Sobre todo, se entendía mal con ella acerca de los jóvenes. Mauricio, que no gustaba del piano y a quien la suerte de la Polonia mártir dejaba indiferente, reprochaba el compositor el vivir a expensas de su amiga, y lo llamaba "el parásito de mamá". Ese adolescente difícil, ruidoso, disgustaba a Chopin, que detestaba toda violencia. Por el contrario, amaba a la hija, Solange, una linda rubia, fresca, inteligente, pero disimuladamente pérfida y que le llenaba la cabeza contra todo el resto de la casa. Solan-

del pecho. En Francia, parecía que la vida política se hacía de nuevo peligrosa. El rey Luis Felipe había perdido la popularidad. Los periódicos se burlaban de él y los diarios hacían la caricatura de su cabeza bajo la forma de una pera. El pueblo reclamaba el sufragio universal. Chopin había pasado toda su vida huyendo de las revoluciones. Aceptó ir a Inglaterra y Escocia, para dos conciertos que organizó una discípula muy querida, miss Jane Stirling.

Antes de abandonar París, le rogaron que diera un último concierto. Se lo fijó para el 16 de febrero de 1848. El Rey, la Reina, los Príncipes habían reservado entradas; no sospechaban que ocho días más tarde estarían en fuga. Como sólo había trescientas butacas, el público parisiense se disputó las entradas. Poder comprar una resultó un honor. Chopin tocó un Nocturno, una Barcarola, su Sonata en Sol Menor, Preludios, Mazurcas, Valses. La ejecución fué tan perfecta, que pareció sobrehumana; ese canto de cisne era un mensaje del Paraíso. Pero abandonado el escenario Chopin se desvaneció.

Algunos días después de la revolución que expulsó a Luis Felipe, el 4 de marzo, encontró por azar a Jorge Sand, a quien no había visto desde hacía más de un año. Ella se detuvo y le estrechó la mano.

—¿No tienes noticias de Solange? —le preguntó.

—No...  
—Entonces le informaré que es usted abuela...

Cuando fué a despedirse de Solange, ésta le preguntó cómo había encontrado a su madre.

—Bien, muy bien... El nacimiento de una República la hace más feliz que el del hijo de usted.

CONTINUARÁ  
en el próximo número